

## Pakistán, la tenaza terrorista

Por Jean-Luc Racine\*

Fuente: Le Monde diplomatique

**Tras una década de poder militar, Pakistán afronta una serie importante de peligros. Todos los días se anuncian muertos en las zonas tribales, donde los civiles son víctimas de la persecución a los talibanes tanto afganos como paquistaníes. Las relaciones con Estados Unidos no pasan por su mejor momento, y en el plano interno se extiende la crisis social y económica. El nuevo presidente civil Asif Alí Zardari debe navegar entre arrecifes. Sin embargo, a modo de esperanza, se han retomado las discusiones con el vecino indio sobre el futuro de Cachemira.**

Dos advertencias marcaron la llegada al poder del presidente electo paquistaní Asif Alí Zardari el pasado 9 de septiembre. El 3 de septiembre, por primera vez desde el lanzamiento de la “guerra contra el terrorismo”, iniciada en Afganistán en octubre de 2001, comandos estadounidenses heliportados desarrollaron una operación terrestre en la región de Waziristán Sur, una de las siete agencias (1) en que están divididas las zonas tribales paquistaníes, las FATA (territorios tribales bajo administración federal). El 20 de septiembre, un atentado suicida en el centro de Islamabad dejó más de cincuenta muertos entre las ruinas del hotel Marriott, lugar de encuentro de la alta burguesía paquistaní y de los visitantes extranjeros. Esta espectacular acción se inscribe en la ola de atentados lanzados luego de la sangrienta toma de la Mezquita roja de Islamabad, en julio de 2007. El mismo día de la elección presidencial, el 6 de septiembre, uno de esos atentados provocó la muerte de veinticinco personas en Peshawar.



Atrapado entre las presiones estadounidenses, la insurrección en las zonas tribales, la ola terrorista y el poder del ejército, el nuevo Presidente civil dispone de muy estrechos márgenes de maniobra para hacer frente a los tres desafíos principales que se le presentan al país: la estabilización de la democracia parlamentaria, luego de tantos regímenes militares; la lucha contra el extremismo y el terrorismo, que obliga a replantear el paradigma geopolítico sobre el que Pakistán basó desde hace tiempo su política respecto de India y Afganistán; y una economía en crisis.

**De negociador a estadista**

En los meses que siguieron al asesinato de su esposa Benazir Bhutto, el 27 de diciembre de 2007, Zardari dio muestras de un notable talento para maniobrar. La imagen dudosa del ex jugador de polo, ex ministro de Inversiones, encarcelado durante diez años por corrupción sin haber sido nunca formalmente condenado, había impulsado al Partido del Pueblo Paquistaní (PPP) a elegir como su presidente a Bilawal, el joven hijo de la pareja. Sin embargo, su padre, por entonces designado “copresidente”, se convirtió en el verdadero jefe del PPP, principal partido del país luego de las elecciones legislativas de febrero de 2008 (2).

Al no contar con mayoría propia, Zardari supo negociar una alianza con Nawaz Sharif, líder histórico de la Liga Musulmana de Pakistán-Nawaz, segunda fuerza nacional. Supo también añadir a esa coalición al Partido Nacional Awami, vencedor en los territorios pashtunes de la Provincia de la frontera del Noroeste, e incluso al sulfuroso pero oportunista Fazlur Rehman, jefe de la Jamiat Ulema-e-Islami, conocido por sus antiguos vínculos con los talibanes, pero en ruptura con la coalición islamista del Muttahida Majlis-e-Amal, “inventada” por los servicios del general Pervez Musharraf en 2002.

¿Podría ese gobierno de unión nacional ocuparse de lleno de los problemas del país, cuando el presidente-general decidía mantenerse en su cargo? ¿El despertar de la sociedad civil, marcado por las repetidas manifestaciones contra la destitución de jueces de la Corte Suprema en marzo de 2007, vendría a confortar ese rebrote democrático? Hasta ahora, prevaleció otra línea.

En el seno de su propio campo, Zardari dejó de lado a algunas figuras importantes para hacer elegir a Yusuf Raza Gilani al frente del gobierno y a Fehmida Mirza – primera mujer en ocupar ese puesto en el país– al frente de la Asamblea Nacional. Respecto de la destitución de los jueces, cambió varias veces de intenciones, pero no volvió a llamar al ex presidente de la Corte, Iftikhar Muhammad Chaudhry, conocido por su independencia. Asimismo, dejando de lado su ambigüedad respecto de la suerte del presidente Musharraf, realizó una jugada doble. Zardari se alió, nuevamente, con la Liga Musulmana, que había abandonado el gobierno para protestar contra el inmovilismo respecto de los jueces, para deshacerse de Musharraf; quien prefirió renunciar, el 18 de agosto, antes que hacer frente a un juicio político destituyente por parte del Parlamento, o incluso un proceso judicial por violación de la Constitución.

A continuación, renegando de una promesa hecha a sus aliados de la Liga, Zardari se presentó como candidato a la presidencia, luego de haber negociado delicadamente varias alianzas. El 6 de septiembre resultó electo por los parlamentarios y por las asambleas provinciales, con un 75% de los votos. Pero sigue en pie la cuestión esencial: Zardari es un hábil negociador, pero ¿puede convertirse en un estadista?

Para entender lo que está en juego actualmente hay que recordar que, desde su independencia y la primera guerra de Cachemira, en 1947-1948, Pakistán siempre intentó evitar verse atrapado en tenaza por India y Afganistán, interviniendo fuera de sus fronteras por medio de francotiradores controlados por el Inter-Services Intelligence (ISI), el servicio secreto. El ISI apoyó a los mujaidines afganos contra los soviéticos en la década de 1980 (con la ayuda financiera de los estadounidenses), y luego a los talibanes, a partir de 1994, al igual que a los insurgentes de Cachemira y a los yihadistas paquistaníes contra la presencia india en Cachemira en la década de 1990.

### **Una guerra incontrolable**

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, el general Musharraf comprendió que debía sumarse a la “guerra contra el terrorismo” lanzada por George W. Bush. No lo hizo sin ambigüedades. Del lado de Cachemira, se contuvo a los grupos yihadistas, pero no se los desmanteló. Dentro de Pakistán, la represión –sin alcanzar a Osama Bin Laden– afectó más a los círculos de Al-Qaeda que a los talibanes afganos que habían encontrado refugio en las zonas tribales paquistaníes o en Baluchistán.

Esas semi-decisiones alcanzaron sin embargo, desde fines de 2003, para poner en contra del régimen a una parte de las redes islamistas combatientes, que hasta entonces eran instrumentalizadas por el gobierno. La situación se agravó rápidamente con el inesperado ingreso del ejército en las zonas tribales, y la apertura del diálogo con India. Ni las operaciones militares, ni las negociaciones que apuntaban a separar a los insurgentes paquistaníes de los talibanes afganos y de las redes de Al-Qaeda, tuvieron éxito. Los jefes tribales y los representantes del islamismo político se vieron pronto superados por los jóvenes jefes de las milicias, al mando de miles de hombres, que acusaban tanto al ejército paquistaní como a los drones estadounidenses, que a partir de 2006 comenzaron a bombardear blancos supuestamente identificados, causando crecientes daños colaterales (3). Cuando Zardari llegó al poder, en septiembre de 2008, la situación se había tornado incontrolable. Del lado afgano, los talibanes volvían a ganar terreno a pesar de la presencia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) al frente de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (FIAS). Del lado paquistaní, los insurgentes son cada vez más fuertes. De Waziristán Sur hasta Bajaur, todas las agencias de las FATA se vieron más o menos afectadas por la insurrección, que se extendió también al valle de Swat, donde las milicias del maulana (jefe) Fazlullah imponen la sharia en las aldeas. Paralelamente, se suceden los atentados suicidas en las ciudades paquistaníes, con un saldo de más de mil doscientos muertos desde julio de 2007.

Washington, que sólo abandonó a Musharraf tardíamente, se inquieta al ver que con el apoyo de los pashtunes del Partido Nacional Awami, en el poder en Peshawar, el nuevo gobierno de Gilani busca negociar con los insurgentes, sin grandes resultados. El alto el fuego pareciera favorecer a estos últimos. Los comandantes estadounidenses, que desde hace tiempo están molestos por la ineficacia del ejército paquistaní, acabaron interviniendo el 3 de septiembre de 2008. Una señal de firmeza más bien arriesgada, sobre todo teniendo en cuenta que la estrategia de Islamabad ya se modificó hace meses. El ejército logra avances en el valle de Swat, y está tan fuertemente implicado –incluyendo la aviación– en la agencia de Bajaur, que existen unos 250.000 refugiados que huyen de los combates. Por otra parte, los jefes tribales fieles al gobierno comienzan a formar milicias anti-talibanes.

Ya en fin de mandato, la administración Bush hizo suya, en parte, la estrategia preconizada por Barack Obama, comenzando a retirar tropas de Irak para reforzar los contingentes en Afganistán, y decidiendo operar en Pakistán si fuese necesario. Cabe preguntarse si hubo un acuerdo secreto entre el jefe de las fuerzas armadas estadounidenses, el almirante Michael Mullen, y el general Ashfaq Parvez Kayani, que dirige el ejército paquistaní. En todo caso, Kayani protestó por la violación de la soberanía nacional, y se registraron varios choques en la frontera entre comandos estadounidenses y soldados paquistaníes. Ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el 25 de septiembre, el presidente Zardari comentó: “Violar nuestra soberanía nacional no ayuda a eliminar la amenaza terrorista. En realidad, puede agravarla” (4).

Frente a una opinión pública dividida y perturbada tanto por los atentados como por las operaciones del ejército y los ataques de los drones, las autoridades paquistaníes quieren mostrar que la lucha contra el terrorismo es llevada adelante por Pakistán, para Pakistán, y que no se trata para nada de una guerra de Estados Unidos.

### **Una vía estrecha**

En lo que concierne a las relaciones con India, Zardari piensa continuar el diálogo con Nueva Delhi y su primer encuentro con el primer ministro Manmohan Singh, el 24 de septiembre, dio lugar a un comunicado prometedor, que anunció la reanudación del diálogo, la apertura de nuevos pasos entre ambas partes de Cachemira, y la intensificación de las relaciones bilaterales: una brisa de aire fresco tras el agravamiento de las tensiones entre hindúes y musulmanes en la Cachemira india desde el verano boreal. Así termina el enfriamiento generado por el atentado del 7 de julio de 2008 contra la embajada de India en Kabul, en el cual, según fuentes estadounidenses, estarían comprometidos elementos del ISI. Sin embargo, prevalece la incertidumbre, tanto sobre el estatuto de Cachemira, como sobre la intención de poner en caja al ISI, cuyo jefe, el general Nadeem Taj, fue desplazado hacia otro destino el 30 de septiembre, un año después de que asumiera sus funciones: ¿una simple desautorización, o el signo de una nueva línea menos ambigua? Sigue siendo incierta la eventualidad de un cambio de paradigma, que haga prevalecer la normalización de relaciones con India y Afganistán sobre el viejo imperativo de “profundidad estratégica”, caro a los militares. Sobre todo teniendo en cuenta que una larga práctica de desestabilización regional consolidó los privilegios del ejército, a la vez que aseguró su presencia en el aparato del Estado.

En el nuevo contexto bosquejado por las negociaciones discretamente iniciadas por emisarios del presidente de Afganistán Hamid Karzai con los talibanes afganos, iniciativa apoyada por Londres y por los mediadores sauditas, será necesario que el presidente Zardari, de común acuerdo con el general Kayani, aclare la línea a seguir en el frente de las zonas tribales. Esto concierne dos aspectos.

En primer lugar, es necesario identificar y diferenciar a los actores. Ahora bien, el 1 de septiembre, Rehman Malik, consejero del Primer Ministro para asuntos interiores, rompía con la postura habitual afirmando que los talibanes paquistaníes, afganos y Al-Qaeda estaban estrechamente vinculados; el Tehrik- e-Taliban era definido como “una extensión de Al-Qaeda”. ¿Es posible entonces negociar con los talibanes paquistaníes? La cuestión supera a las zonas tribales.

La designación, el 31 de octubre de 2008, del general David Petraeus a la cabeza del Central Command estadounidense que, además de Irak, cubre Afganistán y Pakistán, también puede modificar las cosas, en particular si Petraeus intenta disociar de la red Al-Qaeda a una parte de los talibanes afganos, así como logró dar vuelta a ciertas milicias sunnitas en Irak. Se plantea una segunda serie de preguntas: ¿Qué precio pagar por semejantes adhesiones, del lado paquistaní? ¿Puede Islamabad aceptar una creciente islamización de las zonas tribales, cuando la estrategia de modernización de esas tierras con estatutos arcaicos exige normalizarlas? Mientras tanto, los atentados suicidas en las zonas tribales o en otros puntos y los combates entre el ejército y los insurgentes, dejan cada día decenas de víctimas, a la vez que los drones estadounidenses prosiguen sus ataques.

Otro desafío para Zardari: los problemas socioeconómicos del país en general y de las zonas tribales en particular. Estados Unidos prometió un mayor apoyo financiero. Pero sacudido por el alza en la cotización del petróleo bruto y por la baja de las inversiones

extranjeras, Pakistán trata de hacer frente a una crisis de liquidez, a una fuerte caída de su moneda y a sus demasiado escasas reservas (menos de 5.000 millones de dólares en el Banco Central). A pesar del contexto de crisis mundial, Islamabad busca apoyos financieros en los países vecinos (Arabia Saudita, Irán, China) y en las organizaciones internacionales.

El presidente Zardari, que heredó una economía muy liberalizada bajo el régimen de Musharraf, anunció al Parlamento la realización de programas sociales, energéticos y agrícolas. Pero se mantuvo discreto sobre su financiamiento. El crecimiento del país, que fue de 7% en 2007, debería bajar a la mitad este año. También en el frente económico el camino se presenta estrecho para el nuevo Presidente.♦

## REFERENCIAS

(1) Las zonas tribales están divididas en siete agencias: Khyber, Kurram, Bajaur, Mohmand, Orakzai, Waziristán del Norte y Waziristán del Sur; y cinco regiones fronterizas (RF): Peshawar, Kohat, Tank, Bannu, Dera Ismail Khan.

(2) Ver “Pakistán: le plus dur reste à faire”, Valise diplomatique, 27-2-08, [www.monde-diplomatique.fr](http://www.monde-diplomatique.fr)

(3) Syed Saleem Shahzad, “De Cachemira a Afganistán: los nuevos talibanes”, Le Monde diplomatique, edición Cono Sur, Buenos Aires, octubre de 2008.

(4) [www.embassyofpakistanusa.org/](http://www.embassyofpakistanusa.org/) news288a\_25Ssep08.php